

# Humanos al fin y al cabo

Ximena Melo

Siendo aproximadamente las 11 a.m. de un día del año 2007, en la carrera décima - centro de Cali – un carro de valores se aproxima a una famosa joyería del populoso sector. Días antes, una banda conformada por quince personas se prepara para lo que será el gran robo. El gran día llega y desde las 6 a.m. comienza todo. Integrantes de la banda siguen al vehículo mientras otros están en la joyería haciendo la labor de campaneros. Al llegar al sitio acordado empieza la acción mientras ladrones armados con fusiles AK-47 y químicos especiales detienen el tráfico del sector.

Seis de los integrantes se ubican unos adelante y otros atrás del vehículo mientras cuatro intimidan y bajan a los pasajeros del carro de valores; cinco de ellos, con químicos y fuego, logran abrir lo que se suponía era imposible. Toman cuatro bolsas de dinero y se las reparten. Cuando intentan escapar en motos de alto cilindraje, la policía inicia la persecución. Ellos tratan de huir por las pobladas calles del sector con la policía pisándoles los talones. Al doblar por una cuadra, los espera de frente un camión con el cual se estrellan de frente.

En ese momento y necesitando de mi ayuda, entro yo, paramédico de Cali, para asistir a estas personas. Junto con mi compañero, nos disponemos a salir de la ambulancia para atender un accidente sin saber que se trata de delincuentes. La escena es terrible. Dos personas tiradas en la calle y cuatro militares apuntándoles. Una moto destruida, un camión sin parabrisas, la gente aglomerada, en fin, un caos total.

Al bajarnos, escuchamos que los delincuentes dicen a los militares que alguien viene a rescatarlos.

*Rápido... rápido*, dicen los militares para que suban a los heridos a la ambulancia.

Con tono de tranquilidad los delincuentes nos cuentan detalles de sus traumas. Uno de ellos está somnoliento y el otro consciente; ambos tienen traumatismos cervicales, fracturas y laceraciones. Los pacientes son inmovilizados. Por protocolo sólo podemos llevar un paciente en la ambulancia; al decírselo a los militares, en tono irónico responden:

*-¡Qué les pasa, esos manes ya vienen para acá! A éste llévenlo también.*

Improvisando la silla de la ambulancia como camilla, escoltados por motos y con dos militares dentro, se realiza el traslado. Mientras hago la revisión del paciente de la camilla, veo que en sus bolsillos hay veinte millones de pesos. Se me eriza la mano e inmediatamente sale una risa de todas las personas en la ambulancia.

Luego, retorna la calma. Al llegar a la clínica Nuestra Señora de los Remedios, reciben los pacientes acabando así mi travesía. Al despedirme, uno de los delincuentes dice:

*-Dios la bendiga...*

Finalmente corroboro que blanco, negro, trigueño, mestizo, malo o bueno, todos somos seres humanos.